

«¿Es mejor estar solo, con tal de no sentirse inadecuado a los ojos de los demás?»

«¿QUIÉN ERES TÚ QUE LLENAS MI CORAZÓN DE TU AUSENCIA» (P. Lagerkvist)
Introducción - I

¿Mejor solos que inadecuados?

Pierluigi Banna*

¿Por qué nos sentimos inadecuados cuando experimentamos una falta en nosotros mismos?
¿Por qué nos sentimos incómodos con nuestras inquietudes? La carga de la vergüenza es a veces tan grande que nace la tentación de aislarse:

«Muy a menudo siento que en corazón hay un hueco profundo, una ausencia insalvable que, desde siempre, instintivamente reprimo.

Quizás lo haga por orgullo, tal vez porque pongo más atención a la vida y a los problemas de los demás que a mí misma; tal vez porque la gente que me rodea siempre me ha considerado una persona fuerte, que no tiene problemas o que, si los tiene, encuentra la solución sin pedir ayuda a nadie.

Sin embargo, mi vida es todo lo contrario. Cuando al final del día me paro a pensar en lo que he vivido durante el día, lo único que me sale es llorar. Lloro porque esta ausencia que siento y que reprimo se vuelve cada vez más fuerte. Cuanto más la reprimo, más la siento. Esta ausencia corresponde a mi deseo de ser aceptada por la gente que me rodea a diario, con los que he crecido en estos años».

¿Por qué intentamos reprimir esta sensación de vacío, como si fuera una vergüenza? En primer lugar, por la obsesión que tenemos de gustar a los demás. Nos preocupa que, si los demás descubriesen nuestros aspectos más frágiles, nos abandonarían. Crecemos martilleados por esta obsesión: tenemos que gustar a los demás. Y por eso uno piensa que tiene que estar a la altura de los demás, es como si estuviéramos sepultados en vida por las imágenes de perfección que los adultos y los amigos nos han endosado. Si tienes un problema, debes resolverlo tú solo, porque un buen amigo, un buen hijo, un buen alumno es alguien que no da problemas, que no molesta. No puedes equivocarte, no puedes ser frágil.

Sin embargo, nuestro corazón no puede hacer trampas. Cuanto más reprime esta exigencia, más la siente. ¿Qué hacer entonces? Cuando uno no consigue resolver por su cuenta esta sensación de vacío que tiene, cuando le da vergüenza hablar con los amigos porque piensa que le van a rechazar, ¿qué puede hacer? Nace la tentación de aislarse, esperando que »

* Introducción al Triduo Pascual de Gioventù Studentesca, Rimini, 29 de marzo de 2018. Para los pasajes citados a continuación cfr. «¿Quién eres tú que llenas mi corazón de tu ausencia?» pp. 7-10, del cuadernillo del Triduo de GS, [disponible en formato pdf en la web de CL \(en italiano\)](#).

» tarde o temprano pase este “momento negativo”. Tras haber mostrado a todo el mundo nuestro mejor perfil, como si viviéramos en una red social, nos encerramos en nosotros mismos, como si pudiéramos bloquear todos los contactos con la realidad como se bloquean los contactos de *WhatsApp*. Intentamos construir un muro a nuestro alrededor:

«Cuando pienso que ya he dado respuesta a una pregunta cualquiera, esta vuelve, siempre [¡siempre vuelve! Cuanto más la reprimes, más vuelve] y la búsqueda vuelve a comenzar. Estoy harta. Eso es todo.

He construido a mi alrededor un muro invisible, un poco mal hecho, me lo construyo yo misma cada vez que me hace falta una barrera, de vez en cuando se derrumba y luego la vuelvo a construir; pero cada vez tiene más grietas. Este muro que insonoriza la mayor parte de las cosas que me rodean solo deja pasar algún que otro sonido, a veces, a través de esas pequeñas grietas».

Hay que desenmascarar ciertas mentiras. La primera se refiere a la inutilidad de este aislamiento. ¿Hace que la ausencia y el vacío desaparezcan? No, tarde o temprano vuelven. Aislarse, pues, no sirve para nada. Además, cuando te aíslas, ¿verdaderamente eres más maduro, más libre? ¡No! Al aislarse todos creen que piensan autónomamente con su propia cabeza, pero luego –si os fijáis– todos se visten de la misma forma, todos piensan todos de la misma manera.¹ Uno cree que aislándose es más libre, pero en realidad solo se vuelve más esclavo de la moda y de la mentalidad dominante. Esta es la primera gran mentira. El precio del aislamiento no es la libertad, sino la esclavitud.

¹ Escribe don Giussani: «El hombre está *solo*, y por tanto [se vuelve] *dominable* [...], prisionero de cualquiera que se presente más fuerte que él» (p. 7).